

CUENTOS Y EPISODIOS c Jorge Orellana El amén

El colegio era una construcción de ladrillos, que ocupaba casi toda la manzana; sobre la puerta principal se elevaba el campanario, terminado en una cruz de regular tamaño.

Docenas de muchachas llegaban corriendo, saludándose a gritos, persignándose al cruzar el umbral; más allá del vestíbulo, en un patio cubierto de baldosas, otros grupos de niñas producían una gran algarabía.

Un campanazo impuso silencio, precediendo a la presencia de la Madre Superiora. Contestamos su saludo, a coro. Dijo que quería conocer a las nuevas alumnas y nos fue nombrando. Cada muchacha se adelantaba de la fila al oír su nombre y todas éramos aplaudidas. A mí también me aplaudieron. Nunca me había ocurrido algo parecido.

Así comenzó mi primer día colegial en la ciudad.

Desde ese instante, comprobé que todo era distinto a mi escuela del pueblo: eran distintos los modales, las actitudes y hasta la pronunciación de muchas palabras.

Una alumna me preguntó:

- ¿Eres becaria, verdad?

No había esperado que nadie me lo preguntara.

- Sí, me han dado una beca.

- Estaba segura, lo noté desde el primer momento.

- Y, eso, ¿tiene alguna importancia? - le pregunté.

- Ya lo verás. Lo sé porque yo también soy becaria; deseo ayudarte para que no te sientas como me sentí yo al comienzo. No es que sean niñas malas, pero si averiguan que eres becaria lo dirán por todo el colegio y más de una te hará sentir que no eres igual, porque ellas son alumnas de pago.

En ese momento sonó la campana.

- ¿Cómo se llama?

- Teresa Alarcón.

Y se fue corriendo.

Era muy delgada, de piernas largas y huesudas, tez morena y el cabello, que le caía por la espalda, lo llevaba amarrado en dos trenzas.

Sus palabras me desorientaron.

En la escuela del pueblo todas éramos iguales, no sólo por los delantales y calcetines blancos y los zapatos negros. ¡Nadie hablaba de un modo distinto! Pero, lo que dijo Teresa hizo que naciera en mí un deseo inconsciente de comparar, de saber por qué aquí existían diferencias entre las niñas de la misma edad. Y me acordé del consejo que me dio mi madre al momento de subir al tren:

- *¡Llévele el amén a todo el mundo! ¡Así no tendrá problemas!*

El amén

Ella no había salido de esas tierras, sirviendo en casa de don Ramón, el propietario de la inmensa hacienda en que yo nací y crecí. Don Ramón era muy bueno conmigo y se sentía orgulloso de que yo fuera la mejor alumna en la escuelita del pueblo. Por eso, quiso que siguiera mis estudios en la capital; me consiguió una beca y pidió a su hermano José que me alojara en su casa. Yo, como compensación, ayudaría al servicio, los fines de semana. Don José tenía una hija, Laura, que era una muchacha muy mandona y mal genio.

Este mundo, nuevo para mí, estaba lleno de sorpresas. Yo, hasta entonces, me había limitado a escuchar y a obedecer, porque quería ser una niña buena. Sin embargo, ahora me daba cuenta de que yo no era igual a las otras alumnas, ellas eran hijas de familias ricas y lo tenían todo ¿por qué? Yo había nacido pobre, ¿por qué?

Ese problema me produjo tal angustia que me pregunté si Dios estaba de acuerdo con lo que sucedía aquí abajo.

<Todos somos hijos de Dios> - decían las monjitas, y yo lo creía. También me acordaba del poema de Gabriela Mistral en que nos prometía que <todas íbamos a ser reinas>. ¡Ahora me di cuenta de que eran solo hermosas palabras, engañosas palabras!

En el colegio, el padre Cristóbal era mi confesor y guía espiritual. Yo confiaba mucho en él, pero una mañana hacia fines de año, me dijo que quería hablar conmigo.

- Rosaura, desde algún tiempo te noto rara, hay demasiadas cosas en tu cabecita que no me cuentas. Me parece he estado perdiendo tu confianza.

- No, padre. No me diga eso. Ud. sabe que yo lo quiero mucho. ¿A qué se refiere, padre Cristóbal?

- Mira, niña, al comenzar el año, tu cara irradiaba alegría, y la has ido perdiendo. Creo saber qué te acongoja, aunque ya no pueda leer en tus pensamientos.

- Por favor, padre, dígame ¿qué he hecho mal?

Hizo una pausa, se quitó las gafas y frotó los cristales con un pañuelo; después los miró a contraluz.

- Cuéntame, ¿es algo en el colegio o en tu casa?

Me quedé callada y sorprendida. ¿Cómo había intuido mis problemas? El me miraba, esperando.

- Aquí en el colegio - comencé a decir - mis compañeras no saben que soy becaria y creen que la mansión en que vivo es mi casa.

- Ser becada no es malo ni es pecado; además, es algo confidencial, ¿podrías decirme cuántas alumnas más están estudiando gracias a una beca?

- Conozco una sola.

- ¿Quién es?

- Teresa Alarcón; ella misma me lo dijo, cuando llegué al colegio, para prevenirme.

- Prevenirte, ¿de qué?

- Que descubrieran que soy una niña pobre, que no soy igual a ellas, y que me hicieran sufrir.

- Bueno, a veces, decimos o hacemos algo inconveniente, pero luego nos arrepentimos, y eso es lo que vale. ¿Te han tratado mal?

- No, nadie, pero me apena no ser igual a las demás alumnas.

- ¡Todos somos hijos del Señor, iguales ante los ojos de Dios!

El amén

- Entonces, ¿por qué Dios me hizo pobre? ¡Yo sé que no soy igual a mis compañeras ...!

- ¡Nadie es igual a nadie! Solo somos iguales ante los ojos del Ser Supremo. ¡Eso es lo que importa!

- Si, padre, tiene razón. Pero yo no pude elegir ...

- No creas que poder elegir es una ventaja. Nuestro Señor eligió el camino más difícil ofreciendo su vida para salvarnos, a los pecadores: pudo elegir seguir viviendo entre los judíos ...

- ¡Los judíos lo mataron - exclamé - por no ser igual que ellos!

- ¡Te equivocas, niña!

- Así lo he creído siempre, padre.

Y, entonces, dijo algo que me dejó pasmada, algo que no pude creer en el momento de oírlo:

- No te olvides que Nuestro Señor era judío y que todos los apóstoles eran judíos.

Y terminó, diciéndome:

- ¡A Jesús lo mataron por sus ideas, lo mataron por las ideas que predicaba!

Yo no atiné a decir nada, pero una pregunta que no me atreví a formular cruzó por mi cabeza, ¿por qué, entonces, los católicos teníamos que odiar a los judíos, si Jesucristo era judío? ¡Era algo que yo no podía entender! Pero no me atreví hacerle al padre Cristóbal todas las preguntas que pasaban por mi desorientada cabeza.

Al ver que me callaba, el padre Cristóbal siguió hablando.

- En el transcurso de los siglos los hombres hemos cometido muchos atropellos a la moral, con el fin de imponer nuestras ideas a los demás; tampoco han faltado nunca quienes han considerado que la

ambición es el único motor del progreso humano, aunque de la ambición individual se haya derivado el triste hecho de que los habitantes del mundo estén divididos entre ricos y pobres.

En esos momentos, consultó su reloj y me dijo que debía ir a cantar la misa de nueve.

- Búscame, niña, para que hablemos; tengo muchas cosas que explicarte. Todo saldrá bien si me das tu confianza y pones tu fe en Dios.

- *Amén* - dije yo.

Y el padre Cristóbal, riendo, exclamó:

- *Amén* es una palabra hebrea. Significa: "*Así sea*".

En los primeros días de enero, la familia se fue a la playa.

Yo y Guacolda, que corría con la limpieza y el orden en las habitaciones de la casa, nos hicimos cargo de todo. La silenciosa Guacolda tenía una fuerte personalidad. "*Es terca como una mula*" - le oí decir a doña Carmen.

Guacolda era cauta al hablar, pero podía ser muy diligente, aunque prefería la rutina para que todo le resultara más fácil. Se puso muy contenta cuando le propuse que hiciéramos turnos semanales en la cocina y en la limpieza.

- Tú eres *huinca* buena, niña.

- ¿*Huinca*? ¿Qué es eso?

- Los chilenos son *huincas*.

- ¿Cómo los chilenos? ¡Tú eres chilena, Guacolda!

- No - dijo -, yo soy *mapuche*; tú eres chilena, tú eres blanca, tú eres *huinca*.

El amén

- Pero si naciste en Chile, eres chilena.

- ¡Primero soy *mapuche*! Nací en Chile, pero no soy tu igual. Tú eres *huinca*, yo soy *araucana*. ¡Eso soy!

- Mira, Guacolda, el pueblo chileno es la mezcla de araucanos y de españoles.

- Eso eres tú. Yo soy *mapuche*, pura *mapuche*.

Se sentía distinta. No me consideraba su igual. Su silencioso acatamiento obedecía a una especie de mudo orgullo, como un residuo de su raza, otrora, belicosa y libertaria. El odio antiguo, ya gastado, se refugiaba en no aceptar que era chilena; prefería ser *mapuche*.

Hablando con ella descubrí que muchas palabras que yo había considerado vocablos del castellano eran voces mapuches. Aprendí que *Mapu* era Tierra y *Che* era Hombre ¡Mapuche= Hombre de la Tierra!; *Curi* es Negro y *Co* es agua ¡Curicó es *Aguas Negras*! y que *Talca* es Trueno, *Chiloé* es Gaviota, *Aysén* es Desmoronado y *Huacho* es Huérfano.

Y sólo entonces me di cuenta de que toda la geografía chilena estaba llena de nombres indígenas.

Teresa quiso conocer a Guacolda, y la invité para tomar el té.

- Nuestra casa no era tan grande - dijo -, pero hay detalles que me la recuerdan.

- En cambio, en el campo, yo he vivido en una casita muy pequeña, pero simpática - le comenté.

- Nosotros estamos viviendo amontonados y, seguramente, por la estrechez y la falta de muchas cosas que tuvimos, ahora, nos sobran el mal carácter, los gritos, las discusiones violentas y las peleas.

- Es triste llevar una vida así - dije. Yo lo sé bien, porque apenas he tenido lo justo, pese a los esfuerzos de mi madre.

- Rosaura, ¡créeme!, es más triste cuando se pierde lo que se ha tenido! Hubo un tiempo en éramos felices y vivíamos despreocupadamente. ¡Pero, todo se derrumbó!

- ¿Qué fue lo que les pasó?

- Es una historia triste. Mi padre, era un hombre alegre y atractivo; se enamoró perdidamente de otra mujer, y nos abandonó. A los pocos meses, él fue el abandonado.

Volvió a nuestra casa y mi madre - mujer sentimental y buena -, se propuso reconquistarlo, rodeándolo de afecto. Lo recibió sin hacerle ningún reproche. Pero todo terminó en un fracaso total.

- ¡Qué lástima!

- Desde entonces, mi padre se dedicó a la bebida. ¡Ahora es un borracho perdido! Lleva años sin trabajar y lo único que hace es beber y beber. ¡Es horrible!

Guacolda se asomó al salón, vestida con delantal blanco y cofia, diciendo:

- Niña Rosaura, el té está servido.

Tardé unos instantes en reponerme de la impresión. Teresa sabía que ésta no era mi casa y, no obstante, me sentí muy contenta.

Me puse de pie e invité a mi amiga.

- Pasemos, Teresa - dije.

La mesa estaba dispuesta con los mantelitos individuales y la tazas y demás utensilios que yo disponía para servir a las amigas de doña Carmen.

El ser humano es contradictorio.

El amén

Era algo que había pensado muchas noches mientras conciliaba el sueño. Yo, sin mucha conciencia de lo que me pasaba, en verdad, estaba tratando de trepar por la escala social: ¡no quería seguir siendo pobre!

Más tarde, la vida me enseñó que este deseo es común a muchas personas: los pobres quieren ser ricos y los ricos quieren ser aristócratas; el empleado aspira a ser gerente y el gerente a ser propietario. Hay quien ha dicho que los hombres se dividen en dos clases: los ricos y los que quieren ser ricos. Es una cadena que no termina nunca.

Yo misma había cambiado. Ya no era la chica retraída de los comienzos; ahora, aprovechaba mi condición de alumna aventajada y con Teresa formábamos pareja para imponernos a las alumnas que necesitaban de nuestra ayuda. ¡Ya no me importaba que supieran que era becaria ni tenía que decir *amén* a todas!

Iban a iniciarse las clases del último curso.

Teresa iría a la Universidad. Me había preparado para el cambio, pero no imaginaba que el destino asesta sus golpes sin previo aviso: ¡don Ramón murió de un infarto! Lloré sin consuelo. Era un golpe muy duro para mí, porque don Ramón siempre había sido bueno conmigo, posiblemente, porque enviudó antes de tener hijos. A veces, yo sentía por él casi como el cariño de una hija. ¡Y ya no lo vería nunca más!

Un mes más tarde, don José me dijo que debía acompañarlo al notario, porque se iba a leer el testamento de su hermano.

No hice preguntas, aunque me pareció muy extraño.

El notario, muy calmado y solemne, leyó el documento.

No podía dar crédito a sus primeras palabras: don Ramón reconocía que yo era hija suya ¡y me nombraba heredera universal de todos sus bienes! Don José sería mi albacea hasta que yo alcanzara la mayoría de edad.

Mi madre, que había guardado celosamente su secreto, no quiso venir a vivir a la ciudad.

Todo cambió para mí y pasaron meses antes de adaptarme a esta nueva situación, pero si a mí todo me resultaba muy forzado, fue mucho peor para Laura, la autoritaria hija de don José.

Teresa dijo que le parecía un cuento de hadas; estaba felicísima. También se hubiera alegrado Guacolda, pero hacía meses que había regresado al sur para casarse con Pedro.

Pero, la vida continuaba y debía terminar mis estudios.

- Me inscribí en Medicina - me dijo Teresa. ¿Y tú?

- Cuando termine este año - dije - *te seguiré el amén.*

Y nos miramos, riéndonos.